

buscara últimas realidades, esqueletos históricos que explicaran el presente desgraciado y el porvenir problemático. Seoane concretiza esas realidades y las utiliza tanto en sus cuadros como en sus versos.

Estos círculos concéntricos, aplicados a su pintura y a su poesía, nos proporcionan, a mi entender, una visión general de este pintor-poeta, otro lejano de la patria.—*JERONIMO PABLO GONZALEZ MARTIN* (*Department of Hispanic Studies Trent University, Peterborough, ONTARIO, Canadá*).

ALGUNAS OBSERVACIONES SOBRE EL SIMBOLISMO DE LA RELACION ENTRE SUSANA SAN JUAN Y PEDRO PARAMO

Al describirle Susana a su administrador Fulgor Sedano, dice Pedro Páramo que «es la mujer más hermosa que se ha dado sobre la tierra» (1). A continuación le explica que es necesario eliminar al padre de Susana cuanto antes, y sugiere un plan de acción. El comentario del viejo Fulgor es: «Me vuelve a gustar cómo acciona usted, patrón; como que se le están rejuveneciendo los ánimos» (*ibidem*).

Porque, en efecto, Susana representa la juventud, y aún más: la adolescencia de Pedro Páramo. La primera vez que escuchamos a Pedro, éste, dentro del excusado, recuerda la ocasión (probablemente reciente, antes de que la muchacha se marchase del pueblo) en que volaba cometas con Susana: «El aire nos hacía reír; juntaba la mirada de nuestros ojos, mientras el hilo corría entre los dedos detrás del viento, hasta que se rompía con un leve crujido, como si hubiera sido destrozado por las alas de algún pájaro» (p. 16). Los labios de Susana «estaban mojados como si los hubiera besado el rocío»; sus «ojos de agua marina» (verdes seguramente) miraban a Pedro. Esa misma noche Pedro piensa otra vez en su amor: «Miraba caer las gotas iluminadas por los relámpagos, y cada vez que respiraba suspiraba, y cada vez que pensaba pensaba en ti, Susana» (p. 19).

Susana San Juan reaparece en la vida de Páramo treinta años más tarde. Todo ese tiempo Pedro no ha hecho sino aguardar su regreso, es decir, que la desmedida, violenta acumulación de poder, que comienza con su casamiento con Doloritas Preciado, estaba destinada

(1) JUAN RULFO: *Pedro Páramo*, México, Fondo de Cultura Económica, Colección Popular, 1964 (sexta edición), p. 89. Todas las citas se refieren a esta edición.

a Susana: «Esperé a tenerlo todo. No solamente algo, sino todo lo que se pudiera conseguir de modo que no nos quedara ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de ti» (p. 86).

La importancia de su único amor para Pedro Páramo constituye, pues uno de los pilares de la novela, especialmente en lo que toca a la caracterización del protagonista, y ha sido varias veces subrayada por los críticos (2).

Una vez que Susana regresa a Comala (*vide* p. 79, ed. cit.), su intervención constante no se interrumpe sino brevemente después de la muerte de su padre (p. 97), a la que siguen los primeros efectos de la revolución en Comala: asesinato de Fulgor Sedano y aproximación de los alzados, a quienes Pedro Páramo va a poner en seguida bajo su férula. No obstante lo cual, y apenas tomadas las primeras medidas respecto a la nueva amenaza, Pedro se siente (¿por primera vez?) «viejo y abrumado. No le preocupaba Fulgor, que, al fin y al cabo, ya estaba 'más para la otra que para ésta'... Pensaba más en Susana San Juan, metida siempre en su cuarto, durmiendo, y cuando no, como si durmiera...» (p. 98).

Pedro Páramo no ha conseguido hacerle el amor a Susana, por lo menos, en la Media Luna: «Desde que la había traído a vivir aquí no sabía de otras noches pasadas a su lado, sino de estas noches doloridas, de interminable inquietud. Y se preguntaba hasta cuándo terminaría aquello» (p. 99). Todavía esperanzado en que «aquello» concluya alguna vez, Pedro quisiera saber qué es, al cabo, lo que «maltrataba por dentro» a la mujer que tanto desea: «él creía conocerla. Y aun cuando no hubiera sido así, ¿acaso no era suficiente saber que era la criatura más querida por él sobre la tierra? Y que además, y esto era lo más importante, le serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen, que borraría todos los demás recuerdos.

«¿Pero cuál era el mundo de Susana San Juan? Esa fue una de las cosas que Pedro Páramo nunca llegó a saber» (*ibidem*).

Al final de este segundo párrafo, que cierra además la sección o capítulo, la voz del narrador resulta particularmente obvia en la distancia omnisciente desde la que observa el conjunto de la novela: pasado, presente y futuro de Pedro Páramo. Esto subraya la importancia del papel de Susana San Juan en la vida de Pedro Páramo, de cuyo destino parece ser la sola clave.

(2) Señala JOSEPH SOMMERS (*After the Storm*, Albuquerque, University of New Mexico, 1968) cómo Pedro Páramo es un personaje trágico, pues el sentimentalismo soñador que lo caracteriza de niño queda aplastado por un exterior violento, que predomina en él hasta la muerte de Susana. Hugo Rodríguez Alcalá (*El arte de Juan Rulfo*, México, INBA, 1965) define por su parte la novela como la historia de un amor que fracasa (en Pedro lo mismo que en Susana), y por ello trágico y desesperado.

El mundo de Susana no es, por lo pronto, el mismo de los demás mortales, como ya su locura sugería.

La primera vez que el personaje habla es para recordar una muerte. Susana está acostada en la mismísima cama donde acaba de morir su madre: «sobre el mismo colchón, bajo la misma cobija de lana negra, con la cual nos envolvíamos las dos para dormir. Entonces yo dormía a su lado, en un lugarcito que ella me hacía debajo de sus brazos» (p. 79). (En realidad, como ella misma se dice en seguida. Susana no está allí *ahora*, sino dentro de un ataúd, cerca de Juan Preciado, que la escucha).

Susana trata de dolerse de la muerte de su madre: «Creo sentir la pena de su muerte» (*ibídem*); sólo que ésta ocurrió en la mejor época del año: «En febrero, cuando las mañanas estaban llenas de viento, de gorriones y de luz azul» (p. 80), lo cual basta para anular el dolor que la muchacha quisiera al mismo tiempo que la anegase: «Que yo debía haber gritado; que mis manos tenían que haberse hecho pedazos estrujando su desesperación. Así hubieras tú querido que fuera. Pero ¿acaso no era alegre aquella mañana?» (*ibídem*) (3).

Nadie acude al velorio por temor de contagiarse de la tisis de que murió la madre de Susana (*vide* p. 82) —repárese, sin embargo, en que la muchacha dormía con la enferma sin daño alguno para su salud—, y a la mañana siguiente los curas se niegan a cantar misas gregorianas porque la muerta no dejó dinero con que pagarlas. Pero Susana, que no podía verdaderamente sentir dolor por la desaparición de su madre, rechaza también este nuevo motivo de pesadumbre: «¿Que no saldrá del Purgatorio si no le rezan esas misas? ¿Quiénes son ellos para hacer la justicia...?» (p. 81); y cuando Justina, la criada, se arrodilla sobre la recién cubierta fosa y besa frenéticamente la tierra, su joven ama le dice: «Vámonos, Justina; ella está en otra parte; aquí no hay más que una cosa muerta» (*ibídem*).

El primer contacto de Susana San Juan con la muerte ha sido, sin embargo, mucho más dramático que el relativo al fallecimiento de su madre. Siendo niña, su padre, de oficio minero (*vide* p. 86), la hace bajar, atada de una cuerda, hasta el fondo de una mina o cueva abandonada en busca de un tesoro: «Más abajo, Susana, más abajo» (pá-

(3) El aire de esa mañana recuerda el de aquella otra en que Susana vucla cometas con el joven Pedro. Se trata probablemente de la misma estación: «la época del aire» (p. 16). Después de la muerte de su padre, cuando la locura de Susana empeora, tenemos días de terrible viento, que «de noche gemía, gemía largamente» (p. 95). Rodríguez Alcalá (*op. cit.*) explica el importante papel de aire y viento en la obra de Rulfo, como uno de los temas de *Pedro Páramo*, y a propósito de las semejanzas y diferencias entre Comala y Luvina (del relato del mismo nombre, en *El llano en llamas*).

gina 94), repite Bartolomé San Juan; pero lo que la niña encuentra, paralizada de miedo, es una calavera primero, y luego, todo un esqueleto: «El cadáver se deshizo en canillas; la quijada se desprendió como si fuese de azúcar. Le fue dando pedazo a pedazo hasta que llegó a los dedos de los pies y le entregó coyuntura tras coyuntura. Y la calavera primero; aquella bola redonda, que se deshizo entre sus manos» (p. 95) (4). Bartolomé, implacable, continúa exigiéndole a la niña prisionera que halle el oro que debe estar junto al esqueleto, hasta que Susana se desmaya. La crisis es terrible, especialmente por sus consecuencias en cuanto a la relación entre padre e hija de ahí en adelante: «Entonces ella no supo de ella, sino muchos días después entre el hielo, entre las miradas llenas de hielo de su padre» (*ibídem*).

La reacción de Susana a la muerte de su madre sugiere, no obstante, que la muchacha ha superado aquel primer *contacto* con la muerte. La razón más aparente de esto se halla, como ya vimos, en la belleza de la naturaleza, imponiéndose por sí sola al dolor de la desaparición de la madre (quien a partir del episodio del esqueleto reemplaza al padre—representante de la muerte—en la vida de Susana). A la larga, sin embargo, descubrimos que lo que le permite al personaje vencer a la muerte es el amor.

Inmediatamente después que Pedro Páramo se pregunta cuál será el mundo de su amada, y casi como una respuesta, pues, vemos a Susana tendida en la playa, repleta de amor: «Mi cuerpo se sentía a gusto sobre el calor de la arena. Tenía los ojos cerrados, los brazos abiertos, desdobladas las piernas a la brisa del mar» (p. 99). El mar atrae a Susana, que solamente puede bañarse desnuda en él: «El mar moja mis tobillos y se va; moja mis rodillas, mis muslos; rodea mi cintura con su brazo suave... Entonces me hundo en él, entera. Me entrego a él en su fuerte batir, en su suave poseer, sin dejar pedazo» (p. 100). Su esposo no comparte este placer; la sigue el primer día, también desnudo, pero «se sintió solo, a pesar de estar yo allí» (*ibídem*); de suerte que se marcha, porque «no comprende» el rito a que se entrega su mujer: «Y al otro día estaba otra vez en el mar purificándome. Entregándome a sus olas» (*ibídem*).

El mar parece, pues, renovar a Susana, y es seguramente lo que le permite gozar del amor de un modo total: «Dice que ella escondía sus pies entre las piernas de él... Que dormía acurrucada, metiéndose

(4) El esqueleto que se desmorona como si fuese de azúcar recuerda esos dulces tradicionales del día de todos los santos en México (y de Semana Santa en otras regiones del mundo hispánico). Octavio Paz les concede gran importancia en su interpretación del carácter mexicano, específicamente en cuanto al significado de las fiestas y de la muerte (*El laberinto de la soledad*, cap. III, México, Fondo de Cultura Económica, 1959).

dentro de él, perdida en la nada al sentir que se quebraba su carne...» (p. 104). Cuando el esposo de Susana muere, nada basta, como sí sucedió a la muerte de su madre, a suplantar la pena del personaje: «Pero que le había dolido más [que el violento modo de poseerla de Florencio] su muerte» (*ibídem*). Susana reacciona, rechazando en esta ocasión furiosamente el consuelo de la religión: «¡Oh!, ¿por qué no lloré y me anegué entonces en lágrimas para enjugar mi angustia? ¡Señor, tú no existes! Te pedí tu protección para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pero tú te ocupas nada más de las almas. Y lo que yo quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor» (página 105); porque sin él, los labios de Susana son inútiles (5).

Susana se acoge a su padre, quien rechaza todas las ofertas de Pedro Páramo para regresar a Comala, quizá por celos, pues sabemos que «trata [a Susana] más bien [como] su mujer» (p. 85). Cuando, por fin, empujado por la necesidad, Bartolomé San Juan regresa, lo hace sabiendo que se entrega a la muerte: Comala «es un pueblo desdichado»... «Somos infortunados por estar aquí, porque aquí no tendremos salvación ninguna. Lo presiento» (p. 87). Con todo, a Bartolomé lo toma un tanto por sorpresa que Pedro Páramo le diga sin más ambages que lo que quiere de él no es sino su hija y, lo que es peor, que Susana acepte acostarse con Pedro, a pesar de que «es casado y que ha tenido infinidad de mujeres» (p. 88); a pesar de que hará matar a su padre (de ahí el sentimiento de Bartolomé de que no tiene salvación); a pesar de que ella, como le cuenta Bartolomé a Pedro Páramo, «sigu[e] viviendo con [su] marido, o, al menos, así [se] comport[a]» (*ibídem*) (a esto Pedro reacciona con miradas torvas; pero «era cuanto sale a relucir [el nombre de Susana] cierra los ojos» (*ibídem*); a pesar, en fin, de que Pedro Páramo es «la pura maldad» (*ibídem*) («un rencor vivo», lo llama ya el arriero Abundio, su hijo y asesino [*vide* p. 10])).

Tal parece como si Susana aceptase el entregarse a Pedro Páramo con tal de librarse de Bartolomé y, en definitiva, de hacerlo eliminar. Eso sugiere el final de la conversación entre ambos, arriba citada, cuando la muchacha niega a su padre como tal y afirma que está

(5) Susana lee un periódico mientras aguardaba a Florencio la noche de su muerte (*vide* p. 104). Esto sugiere un ambiente urbano, quizá la espera de noticias relacionadas con la revolución, si Florencio, por ejemplo, estaba mezclado en actividades políticas, que a su vez podrían haber sido la causa de su muerte. Que Susana es más que una simple campesina como el resto de los habitantes de Comala lo indicaba ya el modo en que hace caso omiso de la avaricia eclesiástica: «¿Que no saldrá del Purgatorio si no le rezan esas misas? ¿Quiénes son ellos para hacer la justicia, Justina?» (p. 81). Esta es, naturalmente, una explicación *realista* —e independiente, por tanto, de la tesis que aquí se propone— de la superioridad de Susana.

loca. Apenas muerto —asesinado por orden de Pedro Páramo (6)—, Bartolomé visita a su hija. Parece ser él quien le habla a Justina entonces, diciéndole que puede marcharse, pues él se basta para cuidar a Susana (*vide* p. 91). El ama así lo cree y aúlla de terror; pero en seguida niega lo ocurrido, de suerte que en cierto sentido podemos suponer también que es Pedro quien andaba por la habitación. Tan pronto como sabe de cierto que Bartolomé ha muerto, su hija relaciona esa muerte con la presencia de un gato alrededor de ella la noche anterior («Allí estaba otra vez el peso en sus pies, caminando por la orilla de su cuerpo, tratando de encontrarle la cara» [p. 93]), y dice, al parecer, tranquila: «Entonces era él —y sonrió—. Viniste a despedirte de mí» —dijo, y sonrió (p. 94)—; y más adelante: «Supe que eras tú, Bartolomé» (p. 95), al final de la sección en que el narrador evoca el episodio de la mina, que, a su vez, se relaciona con la visita del muerto a través de una frase que subraya el odio de Susana por su padre: «Por eso reí ahora» (al saberlo muerto).

Sin embargo, esa paz interior aquí sugerida no puede alcanzar al personaje todavía. Susana, cada vez más atormentada, piensa constantemente; oye «dos ruidos de la noche» o «el percutir de su corazón en palpitaciones desiguales» (p. 96), y cree aún que la visita su padre: «Se te está muriendo de pena el corazón —piensa—. Ya sé que vienes a contarme que murió Florencio, pero eso ya lo sé. No te aflijas por los demás; no te apures por mí. Yo tengo guardado mi dolor en un lugar seguro. No dejes que se te apague el corazón» (*ibidem*). Quien en realidad ha venido a consolarla esta vez es el cura párroco Rentería; pero de nuevo Susana rechaza el apoyo de la religión: «Entonces adiós, padre —contestó ella—. No vuelvas. No te necesito» (p. 97); segura además de que es Bartolomé quien está allí verdaderamente: «¿Para qué vienes a verme si estás muerto?» (*ibidem*).

No sabemos con certeza si Pedro Páramo logró poseer alguna vez a Susana antes de instalarla en la Media Luna, pero lo cierto es que, a partir de esa primera visita del fantasma de Bartolomé, la locura de Susana la aparta para siempre de su adorador. Porque si Susana San Juan ha aceptado a Pedro Páramo, ha sido para completar ese destino que desde un principio la llevó a palpar la muerte, entregándose por fin a la muerte misma (la pura maldad, el rencor vivo). De este modo se libra, en primer lugar, de la muerte menor que la sujetaba en la figura de su padre, y a la larga destruye a Pedro mismo.

(6) Nada indica que Pedro Páramo haya causado también la muerte del marido de Susana. Hablando mentalmente con su amada, dice el propio Pedro: «Supe que te habías casado y pronto me enteré que te habías quedado viuda» (p. 86).

Es por eso que no se puede precisar si fue Pedro o Bartolomé quien visitó a Susana la noche de lluvia que da principio al atormentado final del personaje; ambos son, en diferente escala, representantes de la muerte; ambos están, en un sentido metafísico, desde hace mucho tiempo muertos.

Susana, en cambio, es la vida; la vida o el amor. Así lo indican su superación de aquel primer y terrible contacto con la muerte a través de la madre, cuya muerte trasciende también a su vez; pero sobre todo su renacer del agua, como una nueva Afrodita. El mar, símbolo de la vida, se opone por naturaleza a la idea encerrada en el apellido de Pedro: páramo, desierto; y todo indica que Comala, situado en un llano al que se desciende como al infierno, está a gran distancia del mar. Susana es la única de sus habitantes que, al escapar de allí por un tiempo, ha visto, sentido, renacido en el océano.

La forma en que Susana sale del mar para afirmarse en su amor por su esposo Florencio, para entregarse a éste *totalmente*, permite, pues, establecer una conexión entre el personaje y Afrodita. Pero además, Susana inspira amor espontáneamente: a Pedro, no obstante su naturaleza de desierto de piedra, y desde muy pequeña, a Justina, quien, casi lo mismo que su esposo luego (*vide* descripción del coito entre Susana y Florencio, [p. 104]), «la hubiera despachurrado y hecho pedazos» (p. 93)—de amor, claro.

Como personaje perteneciente a un mundo cuyos valores son otros que los del nuestro, más telúricos que racionales, a Susana no la alcanza la fe cristiana. Ya la hemos escuchado rechazar la religión en varias ocasiones, en sus formas más mercantiles primero (misas para la madre muerta) y en las más auténticas luego. Cuando el padre Rentería acude a darle la comunión a la moribunda, ésta dice, después de tragarse la hostia: «Hemos pasado un rato muy feliz, Florencio» (página 115). Poco antes, o quizá después, pues se habla en la misma sección de que Rentería había estado a confesar a la agonizante, el cura intenta comunicar a Susana visiones, primero del purgatorio y después del cielo; pero el personaje, aunque acepta en principio la visita de Rentería, no lo escucha, y en vez de repetir con el padre: «Tengo la boca llena de tierra», dice: «Tengo la boca llena de ti, de tu boca. Tus labios apretados, duros, como si mordieran oprimiendo mis labios» (p. 118); y en vez de alcanzar la visión del Dios protector que le proponen, piensa o dice: «El me cobijaba entre sus brazos. Me daba amor» (*ibídem*).

Rentería no sabe qué hacer. Darle los santos óleos a la moribunda no es posible «sin conocer la medida de su arrepentimiento» (p. 119); pero «quizá ella no tenía nada de qué arrepentirse. Tal vez él no

tenía nada de qué perdonarla». De cualquier modo, Susana está tranquila, crea o no que va «a ir a la presencia de Dios», según le dice Rentería en una última tentativa de hablar a esa alma, tan remota de la suya. «¡Ya váyase, padre! No se mortifique por mí. Estoy tranquila y tengo mucho sueño», dice por fin, y a Justina, que llora, le ordena: «¡Justina, hazme el favor de irte a llorar a otra parte!» (*ibidem*).

Poco antes de morir, un amanecer («el día va dándose vuelta, a pausas; casi se oyen los goznes de la Tierra, que giran enmohecidos; la vibración de esta vieja Tierra que vuelca su oscuridad») (p. 113), Susana le expone a la fiel Justina varias de sus ideas, que, aunque cristianas en principio, parecen excluir del todo el concepto de salvación: «la noche está llena de pecados»; «la vida no es sino un pecado»; como no hay sino esperar la muerte para que llegue, y, finalmente:

«—¿Tú crees en el infierno, Justina?»

—Sí, Susana. Y también en el cielo.

—Yo sólo creo en el infierno —dijo, y cerró los ojos» (p. 114) (7).

Susana adopta una posición fetal para morir: «Después sintió que la cabeza se le clavaba en el vientre. Trató de separar el vientre de su cabeza, de hacer a un lado aquel vientre que le apretaba los ojos y le cortaba la respiración; pero cada vez se volcaba más, como si se hundiera en la noche» (*ibidem*). Esta vuelta a la postura prenatal me parece que subraya, al final mismo de la existencia de Susana, la estrecha relación del personaje con el origen de la vida (8).

Por último, la muerte de Susana no da lugar a días de duelo, como se propone su frustrado amante, haciendo que repiquen sin descanso durante tres días todas las campanas del pueblo, sino a un festival de caracteres paganos. La gente ensordece a causa del continuo repique, sin llegar a enterarse de lo que ocurre, al mismo tiempo que el ruido atrae viandantes de otros pueblos, músicos, comerciantes, incluso

(7) Mientras habla, Susana tiene «Las manos sobre el vientre, prendidas a su vientre como una concha protectora» (p. 113). Antes de morir será la cabeza, todo el cuerpo, el que clave en su propio vientre (*vide* nota 8).

(8) Para C. ENRIQUE PUPO-WALKER («Personajes y ambiente en Pedro Páramo», *Cuadernos Americanos*, XXVIII, 6, 1969, 194-204) esta posición indica una característica «simbiosis del hombre y la tierra... En presencia del padre Rentería, la mujer atormentada se entrosca como si quisiera regresar a la posición fetal, sólo que ahora lleva sus entrañas repletas de tierra» (art. cit., p. 202). A mi ver, sin embargo, el que Susana no pueda repetir la frase del cura («Tengo la boca llena de tierra»), transformándola, en cambio, en el recuerdo de los labios del amado, indica más bien una simbiosis con el amor, también en cuanto origen de la vida, que con la tierra misma. Susana duerme con su marido, al igual que antes con su madre, no de un modo distendido, sino acurrucada, metida en ellos, lo cual subraya su capacidad de amar (*vide* pp. 79 y 104).

un circo: «Enterraron a Susana San Juan y pocos en Comala se enterraron. Allá había feria. Se jugaba a los gallos, se oía la música; los gritos de los borrachos y de las loterías» (p. 121). De ahí la venganza de Pedro Páramo, que deja «morir de hambre» a Comala, abandonando la labranza de sus tierras.

El imposible contacto entre Afrodita y Hades ha dado lugar, pues, al infierno que es Comala, donde Susana yace, por fin, rodeada de muertos, recordando la vida que representa, vida frustrada por Pedro Páramo, quien a su vez se convirtió en lo que es a causa de no haber podido poseer la belleza y la vida que representaba Susana, ni en su primer contacto con ella ni treinta años después.

Hay, además de éste, otro simbolismo menos obvio en la figura de Susana y con relación a Pedro Páramo. La Afrodita griega, diosa de la belleza y del amor, reúne atributos de varias divinidades semíticas que se transforman o se sintetizan al pasar más tarde al panteón romano. El carácter general de la diosa es el de divinidad del amor, pero son también parte de sus atributos los de diosa del mar, del cielo y de la tierra. Como divinidad celeste, las primeras versiones de Afrodita-Astarté la localizan en la luna o en un astro brillante que rige la noche (y las mareas). La diosa era, pues, esposa del sol, reina de los astros, de los fenómenos celestes, del aire y de la tempestad (ya notamos—*vide* nota 3—la relación de Susana con el aire). Así se pasa a consagrarse la estrella Venus, en cuanto precursora de la noche, y a hacerla poco a poco diosa del amor y, a la larga, hasta de la fidelidad conyugal, mientras que la luna se le reserva a Artemisa-Diana, hermana del dios del sol, Apolo, y virgen pura y celosa de su virginidad además, lo que, sin duda, puede relacionarse con la luz lunar. Es natural, sin embargo, que se asociara en un principio a Afrodita con la luna, cuya supuesta humedad sugería para los antiguos la fecundidad.

Una noche en que Pedro Páramo, desesperado de deseco, acude a una criada, se nos describe la luna: «había salido un rato, y luego se había ido. Era una de esas lunas tristes que nadie mira, a las que nadie hace caso. Estuvo un rato allí desfigurada, sin dar ninguna luz, y después fue a esconderse detrás de los cerros» (p. 109). Lo que la experiencia de esa noche de luna pobre significó para Pedro Páramo lo oímos a poco de sus mismos labios: «Pensó en la muchachita con la que acababa de dormir apenas un rato. Aquel pequeño cuerpo azorado y tembloroso, que parecía iba a echar fuera su corazón por la boca. 'Puñadito de carne', le dijo. Y se había abrazado a ella, tratando de convertirla en la carne de Susana San Juan. 'Una mujer que no era de este mundo'» (p. 112).

En una de las últimas secciones de la novela encontramos a Pedro Páramo esperando la muerte al alba, «sentado en un viejo equipal, junto a la puerta grande de la Media Luna, poco antes de que se fuera la última sombra de la noche» (p. 122). Pedro Páramo no duerme; sólo piensa, seguro de que la muerte llegará pronto, esperanzado aún de que, a pesar de todo, Susana lo ayude a bien morir, como siempre quiso («Y que además, y esto era lo más importante, le serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los demás recuerdos» [p. 99]).

Este amanecer es idéntico a aquel de la muerte de Susana: «La luz era igual entonces que ahora, no tan bermeja; pero era la misma pobre luz sin lumbre, envuelta en el paño blanco de la neblina que hay ahora. Era el mismo momento. Yo aquí, junto a la puerta, mirando el amanecer y mirando cuando te ibas, siguiendo el camino del cielo, por donde el cielo comenzaba a abrirse en luces, alejándote, cada vez más desteñida entre las sombras de la tierra.»

«Fue la última vez que te vi. Pasaste rozando con tu cuerpo las ramas del paraíso que está en la vereda y te llevaste con tu aire sus últimas hojas. Luego desapareciste. Te dije: ¡Regresa, Susana!» (página 122).

En tanto Abundio, totalmente borracho, se encamina hacia la Media Luna, donde va a matar a Pedro Páramo.

Mientras éste «se desmorona como si fuera un montón de piedras» (último párrafo)—las piedras de que está hecho su nombre de pila—, sin dolor, porque «estaba acostumbrado a ver morir cada día alguno de sus pedazos» (p. 128), evoca de nuevo a su amor: «Vio cómo se sacudía el paraíso, dejando caer sus hojas [la misma planta que rozó Susana al marcharse]: ‘Todos escogen el mismo camino, todos se van’» (*ibidem*), y de nuevo le pide que regrese, según se lo pidió tantas veces. La identificación de Susana con la luna, que se apaga a esa misma hora en el cielo, resulta aquí clarísima: «... Había una luna grande en medio del mundo. Se me perdían los ojos mirándote. Los rayos de la luna filtrándose sobre tu cara. No me cansaba de ver esa aparición, que eras tú. Suave, restregada de luna; tu boca abullonada, humedecida, irisada de estrellas; tu cuerpo transparentándose en el agua de la noche. Susana, Susana San Juan» (*ibidem*).

Es el sol el que aparece ahora, «devolviendo su forma a las cosas», lo que, al cabo, alegra a Pedro Páramo, «porque tenía miedo a las noches, que le llenaban de fantasmas la oscuridad. De encerrarse con sus fantasmas. De eso tenía miedo» (*ibidem*).

Así muere Pedro Páramo, «suplicando por dentro, pero sin decir una sola palabra» (p. 129)—mundo desierto de piedra—, a la puerta

de esa Media Luna que construyó para Susana San Juan, pero que no pudo nunca convertirse en luna total, luna llena, porque Pedro sólo tenía muerte, en vez de amor que ofrecerle a su Afrodita.

En el complejo, poderoso mundo de *Pedro Páramo*, Rulfo, sin proponérselo deliberadamente, como es natural, sino con la aguda espontaneidad de su visión poética, le ha dado a Susana San Juan aquellos atributos más a tono con lo que representa frente a Pedro Páramo: el amor (cuyo astro protector es la luna), que le está negado desde el principio al desdichado Pedro, quien tendrá hasta el fin que afirmarse a través de la muerte y la destrucción que siembra en su Comala, páramo de la vida (9).

Tenemos así que Susana, tras un primer y doloroso contacto con la muerte, supera ésta, resultando incluso inmune a su contagio (tisis de la madre, a la cual se abraza en el sueño). El amor, como verdadero destino de Susana, es quien la protege hasta la muerte del esposo, y a partir de ese momento la dirige a vengarse de Bartolomé y de Pedro Páramo. La invulnerabilidad de Susana al consuelo cristiano, simbolizado por la salvación, subraya su pertenencia a un mundo cuyos valores se centran en el culto a la naturaleza (aire, primavera, mar), y para el cual además los espíritus continúan viviendo sobre la tierra. La luna constituye a su vez el símbolo más apropiado de lo que representa esta diosa del amor y la belleza, para cuyo permanente sueño-delirio el día no se diferencia de la noche. El amanecer, consecuentemente, señala la partida de Susana San Juan, al igual que la de Pedro Páramo, representante también de las tinieblas, en tanto que de la muerte. La fidelidad del protagonista al amor, del que su destino lo separó desde un principio, lo acompaña hasta su misma muerte, mas negándole la ayuda, gloria o consuelo a que aspiraba para su tránsito final.—*JULIO RODRIGUEZ-LUIS* (*Department of Romance Languages and Literatures Wesleyan University, Middletown, Connecticut 06457, USA*).

(9) CARLOS FUENTES ha escrito en algún detalle sobre el aspecto mítico de «*Pedro Páramo* (*Siempre*, suplemento, julio 29, 1964), o el modo en que la imaginación mítica renace en el suelo mexicano» (p. 3). Fuentes llama a Susana San Juan, una «*Electra al revés*», quizá porque quiere vengarse de su padre. En todo caso, este aspecto no agota el simbolismo de la figura de Susana.